

LOUIS LAVELLE

# EL ERROR DE NARCISO

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR  
LAURA PALMA VILLARREAL,  
DE ACUERDO CON LA  
EDICIÓN DE LA TABLE RONDE,  
PARIS 2003

EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAÍSO  
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

© Laura Palma Villarreal, 2007

Inscripción N° 165.704  
ISBN 978-956-17-0410-7

Tirada de 300 ejemplares

Ediciones Universitarias de Valparaíso  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso  
Calle 12 de Febrero 187 - Casilla 1415  
Valparaíso - Chile  
Fono (56-32) 227 3087 / Fax (56-32) 227 3429  
euvs@ucv.cl / www.euv.cl

Diseño: Guido Olivares S.  
Asistente de Diseño: Mauricio Guerra P.  
Asistente de Diagramación: Alejandra Larraín R.  
Traducción: Laura Palma Villarreal  
Corrección de Pruebas: Osvaldo Oliva P.

Impresión  
Impresos Libra, Valparaíso

HECHO EN CHILE

## ÍNDICE

<b>Capítulo I.</b>	EL ERROR DE NARCISO .....	9
<b>Capítulo II.</b>	EL SECRETO DE LA INTIMIDAD .....	21
<b>Capítulo III.</b>	SER UNO MISMO .....	33
<b>Capítulo IV.</b>	ACCIÓN VISIBLE Y ACCIÓN INVISIBLE .....	47
<b>Capítulo V.</b>	LAS POTENCIAS DE LA SENSIBILIDAD .....	59
<b>Capítulo VI.</b>	LA INDIFERENCIA Y EL OLVIDO .....	69
<b>Capítulo VII.</b>	VOCACIÓN Y DESTINO .....	79
<b>Capítulo VIII.</b>	LOS TORMENTOS DEL INDIVIDUO .....	91
<b>Capítulo IX.</b>	EL TRATO ENTRE LOS ESPÍRITUS .....	103
<b>Capítulo X.</b>	TRANQUILIDAD DEL ALMA .....	117
<b>Capítulo XI.</b>	LA SABIDURÍA Y LAS PASIONES .....	129
<b>Capítulo XII.</b>	EL ESPACIO ESPIRITUAL .....	141



## PREFACIO

Eco, hija del aire, amaba a Narciso con tanta pasión, que le seguía por doquier, al bosque, a la caza, junto a las fuentes, en los más alejados desiertos, con la esperanza de arrancarle una palabra favorable, una mirada cariñosa, una prueba de afecto. Trabajo inútil: un obstinado desdén era el único premio a tales desvelos. Abatida por la tristeza y llena de vergüenza por haberse rebajado a tantas tentativas humillantes, Eco se retiró a lo más intrincado de los bosques, escogió por morada los antros y cavernas y cayó en tal estado de agotamiento y flaqueza, que no le quedaron más que los huesos y aun estos fueron metamorfoseados en peñascos, no quedando de ella, al fin, sino su voz.

Narciso, doncel de rara belleza, era hijo del río Cefiso y de la ninfa Liriope. Al venir al mundo, su madre consultó al adivino Tiresias cuál sería el porvenir de este niño y obtuvo por respuesta “que Narciso llegaría a edad avanzada si no se daba jamás cuenta de su belleza”. Un día que andaba por el monte, advertido de que su imagen se reflejaba en una fuente de aguas límpidas, se enamoró de su figura y no quiso ya alejarse del espejo que le ofrecían las aguas. Cuanto más se contemplaba, mayor era su loca pasión: Narciso, entonces, suspiraba, tendía los brazos hacia el objeto amado, esforzándose por cogerlo y abrazarlo y derramaba abundantes lágrimas de despecho y de dolor. Inmóvil de día y de noche junto a la fuente, se consumió de inanición y melancolía.

Al descender las ninfas desde las montañas vieron a Narciso en el momento mismo en que acababa de expirar y, sin poder contener sus gemidos de dolor, se dispersan por toda la comarca y congregan a grandes gritos a sus compañeras para que acudan a celebrar los funerales en memoria de su amigo. Coronadas de ciprés, se adelantan lentamente hacia la fuente fatal, pero ya no encuentran allí el cuerpo de aquél a quien tanto lloran. En su lugar había brotado una nueva flor que llaman narciso y que fue consagrada a Plutón, a Proserpina y a las Eufeménides.

(Mitología griega y romana. J. Humbert p. 244-5. Editorial Gustavo Gili, Barcelona).



## CAPÍTULO PRIMERO

### EL ERROR DE NARCISO

#### I

### LA AVENTURA DE NARCISO

Desde Ovidio, la aventura de Narciso ha inspirado a todos los poetas.

Narciso tiene dieciséis años y es inaccesible al deseo. Este rechazo del deseo es, con todo, el que llegará a ser para él un deseo aún más sutil.

Narciso tiene el corazón puro. Ante el temor de que fuese su propia mirada la que enturbiase tal pureza, le habían predicho que, si aceptaba no conocerse, viviría por largo tiempo. Pero el destino lo decidió de otra manera. Helo ahí caminando en dirección de una clarísima fuente, en la que todavía nadie se ha mirado, para apaciguar su sed inocente. Repentinamente descubre en ella su belleza y en adelante ya no tendrá sed sino de sí mismo. Desde ahora, su belleza será la que constituya el deseo que lo atormente, la que lo separe de sí mismo mostrándole su imagen, y la que lo obligue a buscarse allí donde se vea, es decir, donde ya no está.

[Narciso] encuentra ante sus ojos un objeto semejante a él, venido con él, y que sigue todos sus pasos. “Te sonrío, le dice, y me sonrías. Te tiendo los brazos y tú me tiendes los tuyos. Bien veo que también tú deseas mi abrazo. Si lloro sabiéndolo imposible, lloras conmigo y las mismas lágrimas que nos unen en el sentimiento de nuestro deseo y de nuestra separación oscurecen la transparencia del agua, ocultándonos de pronto el uno al otro”.

Comienza entonces ese juego de retrocesos y de simulaciones por el que se aleja de sí para mirarse y se abalanza sobre sí para cogerse. Ha sido necesario que se distancie para dar a su amor un objeto, el cual se aniquilaría si él llegara a unírsele. Es sólo un poco de agua lo que lo separa de sí mismo. Hunde sus brazos en ella a

fin de asir ese objeto que no puede ser más que una imagen. Tan sólo puede contemplársela, mas no abrazarla. Sin poder separarse de ese lugar, [Narciso] desfallece. Cual testigo de su mísera aventura, no subsiste ahora a la orilla del manantial sino una flor, cuyo corazón de color azafrán está rodeado de blancos pétalos.

## II

### LA NINFA ECO

Narciso pide a la visión del todo pura hacerlo gozar de su sola esencia. Pero el drama en el que sucumbe radica en que aquélla no puede darle sino su apariencia.

Él no tiene palabras ni procura escucharse. Sólo pide verse, coger como una presa su cuerpo bello y mudo, al que las palabras darían, además, quizás qué perturbadora iniciativa que podría inquietar en él el deseo y fragmentar la posesión.

Pero su mismo fracaso lo invita a intentar un llamado, a implorar una respuesta. Inquieto por esta soledad en que permanece y que había creído vencer, acepta romper la unidad del silencio puro y buscar al fondo de la fuente los signos de una vida propia en aquella forma que, parecida a la suya, es no obstante su réplica.

El eco, sin embargo, le devuelve su propia voz, como para atestiguar que está solo. De este modo hace resonar su misma soledad. Esta respuesta, que imita sus palabras y que no es más que el simulacro de una respuesta, acaba por separarlo de sí mismo y de transportarlo a un mundo ilusorio en el que su propia existencia se disipa y escapa de él.

El castigo de Narciso consiste en no haber sido amado sino por la ninfa Eco. Busca en la fuente algún otro ser que pudiera amarlo, pero es incapaz de encontrarlo allí. No puede escapar de sí mismo. Sólo el amor que por sí mismo siente es el que continuamente lo persigue, en circunstancias que querría escapar de él.

El mito establece que el joven Narciso no pueda ser separado de la ninfa Eco, que no es sino la conciencia que él tiene de sí mismo. Eco ama a Narciso y no puede, para expresarle su amor, ser la primera en hablarle. Y ello porque carece de voz propia. Repite lo que Narciso dice, aunque sólo repite una parte de las palabras. “¿Hay alguien por aquí?” dice Narciso. “Aquí”, replica Eco. Y cuando Narciso dice: “Reunámonos”, Eco repite: “Unámonos”. Ella le devuelve eternamente sus propias palabras en una cantinela mutilada e irónica, sin jamás responder.



## III

## LA FUENTE O EL MANANTIAL

No hay fuente alguna que pueda devolver a Narciso una imagen fiel y ya formada. La fuente en la que se mira es un manantial en el que él mismo nace poco a poco a la vida: el agua penetra incesantemente, surca la superficie y le impide fijar su tembloroso contorno. Supongamos, sin embargo, que, en un instante imperceptible, el manantial se secase, que la superficie de las aguas llegase a estar inmóvil y lisa como un verdadero espejo. ¿Podrá Narciso por fin contemplarse como si estuviese preso en el hielo de esa transparencia? También aquí deberá perder toda esperanza, pues este espejo es hasta tal punto sensible, que basta su solo aliento para empañarlo; a medida que se aproxime, hará correr sobre él, como un viento exterior, mil ondulaciones que no podrá ya detener.

Narciso asume esta emocionante y contradictoria empresa de querer seguir siendo él mismo, es decir, una invencible libertad, un pensamiento que interroga y el secreto de un puro sentimiento, así como también percibirse a pesar de todo como algo que detiene la mirada, como un paisaje desplegado, como un rostro que se ofrece. Quiere llegar a ser espectador de sí mismo, es decir, espectador de ese acto interior por el cual constantemente nace a la vida y que jamás puede llegar a ser un espectáculo sin aniquilarse. Contemplarse en vez de vivir, tal es su primer pecado. Busca su esencia y no halla sino su imagen, la que no cesa de desilusionarlo.

De sí mismo, no ve sino el reflejo de su hermoso cuerpo, puro todavía. Pero la mirada que arroja sobre sí mismo basta para perturbarlo, siendo en adelante incapaz de vivir.

## IV

## EL ESPEJO Y EL AZOGUE

La transparencia no es suficiente para el espejo en el que Narciso se mira. También hay que preguntarse cuál es su azogue. Narciso oculta en él mismo la infinita profundidad del ser y de la vida. Y su rostro se refleja justamente en el punto en que él se detiene en este descenso hacia sí mismo, que no conoce límite final.

Narciso busca allí su alma, pero el amor propio y el deseo que tiene de poseer-

se forman el azogue que, poniendo límite a su búsqueda, le muestra la imagen de su cuerpo. No obstante, la emoción que le produce el descubrimiento de sí es la emoción producida por el descubrimiento de lo absoluto de que es partícipe. Pero esta emoción jamás concluye, ni existe en parte alguna un objeto que la fije.

Si nos imaginamos a Narciso ante el espejo, [veremos que] la resistencia del vidrio y del metal opone una barrera a sus propósitos. Contra ésta azota él su frente y sus puños; y nada encuentra si da la vuelta a su alrededor. El espejo encierra en sí un trasfondo del mundo que a él escapa, en el que se ve sin poder ser dueño de sí, separado por una falsa distancia que puede acortar, aunque no franquear.

La fuente, por el contrario, constituye para Narciso un camino abierto. Aún antes de dar en su imagen, disfruta él de la transparencia del agua y de esa pureza perfecta que ningún contacto ha llegado todavía a romper. No le basta, empero, una lucidez extrema, sino que le es necesario atravesarla para alcanzar su imagen una vez que ésta se formó. Pero este mundo que lo acoge lo retiene cautivo por una eternidad, no pudiendo él penetrarlo sin morir.

## V

### EL PASADO Y LA MUERTE

No puedo conocerme, a menos de regresar hacia mi propio pasado, es decir, hacia un ser que ya no soy. Vivir, en cambio, es crear mi ser propio, volviendo mi voluntad hacia un porvenir en el que todavía no estoy y que no llegará a ser un objeto de espectáculo sino una vez que no solamente lo haya alcanzado, sino ya dejado atrás.

Ahora bien, la conciencia que Narciso procura tener de sí mismo le arrebató la voluntad de vivir o, lo que es igual, de actuar. Para obrar, él deberá dejar de mirarse y de pensar en sí mismo; deberá rehusar convertir un manantial -cuyas aguas están destinadas a purificarlo, alimentarlo y fortificarlo- en una fuente para contemplarse.

Sin embargo, siente demasiada ternura por su cuerpo, el mismo destinado a disiparse algún día, y por ese pasado que huye de él y le obliga a correr tras una sombra. Narciso se asemeja a aquél que escribe sus memorias y que intenta disfrutar de su propia historia antes de que ésta haya concluido. Mirarse en un espejo es ver avanzar hacia sí su [propia] historia, y nadie podría leer en ella el secreto de su destino sino retrocediendo.

Narciso, entonces, es castigado por su injusticia, pues quiere contemplar su ser antes de haberlo creado; con el fin de poseerla, quiere encontrar en sí una existencia que, mientras no la haya ejercitado, no será sino una mera potencia. Narciso se contenta con esta posibilidad, convirtiéndola en una imagen engañosa; es en ella donde establecerá de ahí en adelante su morada, en vez de hacerlo en su propio ser. Pero el error más grave en el que [el bello joven] pudo caer está en que, al crear esta apariencia de sí en la que se complace, creyó haber creado su verdadero ser.

Sólo en la medida en que el hombre avanza en la vida comienza a hacerse capaz de conocerse [a sí mismo]. Si entonces mira hacia atrás, medirá el camino recorrido y descubrirá la huella de sus pasos. La fuente en la que Narciso se contempla no debiera ser visitada sino en el crepúsculo. Sólo podrá ver en ella una forma que se difumina, próxima a su ocaso, en el instante en el que él se convertirá también en una sombra. Es entonces cuando su ser y su imagen se parecerán y terminarán confundándose. El joven Narciso vino a la fuente a contemplarse en la aurora; trató de mirar lo que no debía ver y su trágico destino lo obligó a entregar su propio cuerpo a la misma imagen en la que pretendía cogerlo.

Ahora no puede hacer otra cosa que unirse con esta estéril efigie. Está condenado a una muerte precoz e inútil porque quiso obtener, antes de haberlo merecido, ese privilegio que sólo la muerte puede dar al hombre: contemplar en sí mismo su propia obra sólo cuando haya llegado a su acabamiento.

## VI

### UN EXTRAÑO QUE ES ÉL MISMO

Nadie puede reconocerse del todo en la efigie que le devuelve de sí mismo el espejo de la reflexión. Es y no es él mismo. Cualquiera que sea la precaución con la que Narciso se desdoble, se enfrentará consigo mismo y hará aparecer ante sí una imagen inversa y complementaria. Es ese permanente diálogo entre el yo y su imagen el que constituye las alternativas de la conciencia que tenemos de la vida, y [Narciso] nunca conseguirá esa exacta coincidencia con ella que aboliría a ambas.

Es así como nos vemos como otro que, no obstante, no es en modo alguno otro, aunque no nos dé de nosotros mismos sino una apariencia que ni la mano alcanza ni el espejo retiene: una falsa apariencia que siempre traicionará al modelo.

Narciso se halla tan cerca de sí mismo que, para conocerse, toma distancia sobre sí mismo. Ahora, sin embargo, no logrará ya encontrarse consigo mismo.

La fuente le devuelve un rostro siempre idéntico a él mismo, aunque siempre le parezca nuevo, ya que le muestra siempre al mismo extraño, esto es, siempre el mismo desconocido. Narciso está en busca de un milagro: el de la conversión de su propio ser en uno al que pueda ver como lo ve alguien distinto de él. Es el deseo de amarse a sí mismo como otro podría amarlo, lo que hace que intente conocer la apariencia que proyecta de sí mismo a algún otro. A esa apariencia, empero, algún otro tendrá que darle vida, cuando Narciso se la ha quitado.

No obstante, es aquí donde comienza el drama: la imagen que [Narciso] se hace de sí mismo carece hasta de la consistencia del más frágil de los objetos; a la inversa del espejismo, que sólo nos engaña en el alejamiento, esta imagen permanece siempre tan cercana a él que, por poco que se distancie, de inmediato se disipa. De este modo, Narciso es héroe de una empresa imposible; con esta imagen nunca obtendrá ni una separación verdadera, ni una coincidencia exacta, ni esa reciprocidad que hay entre el actuar y el padecer que constituye la marca de toda verdadera acción.

Narciso está emocionado al sentirse existir. Observándose, produce una imagen de sí mismo semejante a aquélla que hasta entonces recibía de otros seres distintos de él mismo. La renueva, la multiplica en virtud de movimientos de los que es, al mismo tiempo, espectador y actor. Comienza a simpatizar consigo mismo, pero esa imagen que contempla en la fuente también tiende sus brazos hacia alguien y no hacia él.

Narciso se aliena a sí mismo; se halla fuera de sí, en el mismo acto extranjero y extraño ante sus propios ojos. Es el loco fuera de sí que corre tras de sí mismo, terminando como Ofelia. Si vive, ¿qué necesidad tiene de esa imagen de su propia vida, hecha para los otros y no para sí?

## VII

### LA SOMBRA DE UNA SOMBRA

Si fuese verdad decir que Narciso se desdobra, éste encontraría un fragmento de sí mismo en su doble. Pero, en vez de desdoblarse, se redobra a fin de ver su propia realidad invisible; lo que de ésta hace él visible no es más que una sombra sin realidad.

Narciso necesita asegurarse respecto a su propia existencia. Tiene dudas sobre ella y por esto intenta verla. Pero es preciso que él, que ve el mundo, se resigne a no

verse. Porque ¿cómo podría verse, él, el vidente, si no es transformándose en eso visto y de lo que está ausente? Él, que todo lo abraza, ¿cómo podría abrazarse a sí mismo? Es necesario que se abandone para poseerse y, si se busca, se extenua.

Él, origen de todas las presencias, y que a todo lo que es comunica la presencia, ¿cómo podría llegar a hacerse presente a sí mismo?

Quien posee el conocimiento no puede poseer la existencia de aquello que conoce. Narciso, empero, quiere reunir el ser y el conocer en el mismo acto de su espíritu. Ignora que su propia existencia sólo se realiza por el conocimiento del mundo. Interrumpe su vida, sin embargo, para conocerla y ya no puede conocer de sí mismo sino un simulacro del que la vida se retiró. Sólo es una vasija vacía que únicamente muestra su forma por el contenido que la llena.

Nada sabe Narciso de ese manantial en el que se mira, de los follajes que lo abrigan, del inmenso mundo que lo rodea. Sólo conoce ese frágil reflejo de sí mismo que se forma en el vacío de esas cosas y que sin ellas nada sería.

Narciso tiembla de emoción y de desencanto ante la revelación que le ha sido hecha. Ninguna otra cosa podría satisfacerlo fuera de la visión del universo entero brotando de su mirada, como de un acto de creación y de contemplación al mismo tiempo. Pero, a la inversa, es el universo el que de pronto desaparece para él ante la imagen irrisoria e impotente que obtiene de sí mismo.

Visión impía, que atenta contra el orden de las cosas; visión en la que [Narciso] se rehusa a contemplar la obra del creador para contemplarse a sí mismo, en lugar de crearse y de hacer de sí su propia obra.

Narciso, empero, no soporta ni ser ni actuar; se reduce, dice Góngora, el sutil, a “solicitar los ecos, a desdeñar los manantiales”. Más bien busca aquello que lo halaga y no lo que él es. El cuerpo de Narciso no es en sí sino una imagen que constituye el signo de su presencia para todos aquéllos que lo rodean. Pero, ¿qué persigue él en la fuente, si no es el signo de ese signo y la imagen de esa imagen?

## VIII

### LA COMPLACENCIA DE NARCISO

Narciso manifiesta un extremo pudor respecto a los demás. Ante sí mismo, sin embargo, abandona todo pudor y se complace de esta ausencia de pudor.

Narciso se asombra de ser un objeto para sí mismo y se regocija de verse tal

como un extraño lo vería, aunque regalándose el secreto placer de eliminar tal extraño.

El deseo de Narciso es no tener ya más espectador ni más amante que no sea él mismo. Es el de ser él mismo el amante y el objeto amado. El de reunir en sí dos actos que no se producen sino oponiéndose. El de encontrarse al abandonarse, y entrar de nuevo en sí mismo cuando todos no piensan sino en salir de sí para buscar en el mundo un objeto que conocer o un ser que amar.

No obstante, en ese misterioso retorno sobre sí en que se complace, Narciso se alegra de que nada externo a él lo separe ya de sí mismo, de que ningún ser independiente de él oponga alguna otra voluntad a la suya.

Narciso se encierra en su propia soledad a fin de entrar en sociedad consigo mismo. Pero en esa perfecta suficiencia esperada experimenta su propia incapacidad. Ha inventado las expresiones “conocimiento de sí” y “amor de sí”, pero se atormenta ante la imposibilidad en que se halla para llevar a cabo los actos que estas expresiones designan. Pues bien sabe que es con el yo con el que conoce y ama, y no con la imagen vacía que él persigue de su conocimiento y de su amor. Ser conocido, ser amado por sí mismo nada añade para él a la pura potencia que tiene de conocer y amar; ésta sólo actúa en apariencia.

El crimen de Narciso radica, en último término, en preferir su imagen antes que a sí mismo. La imposibilidad en que se encuentra para unirse a ella no puede producirle sino desesperación. Narciso ama un objeto al que no puede poseer. Pero desde que comenzó a inclinarse para verlo, era la muerte lo que deseaba. Alcanzar su propia imagen y confundirse con ella significa morir. Lo que la hija del Rhin buscaba en las olas movedizas era también su doble.

Narciso no sabe que debe dejar su cuerpo para percibir su imagen. Quiso imitar a Dios, quien, contemplándose, creó su Verbo. Él mismo no pudo ver sino la imagen de su cuerpo. En ella, sin embargo, se ve más hermoso que todos los espectáculos, y es éste un descubrimiento que lo hace desfallecer. Desaparece en la fuente, pues desea que su imagen, demasiado bella, ocupe todo el lugar de su ser, cosa que le ocurrió a Lucifer cuando devino Satanás.

Narciso procura gozar en el espíritu de la imagen misma de su cuerpo. ¡Audaz y criminal empresa, que no podía sino precipitar su espíritu!

## IX

## EL PECADO CONTRA EL ESPÍRITU

Narciso es reservado y solitario.

Su error es sutil. Narciso es un espíritu que quiere darse a modo de un espectáculo para sí mismo. Comete ese pecado contra el espíritu de querer cogerse a sí mismo al igual como puede coger los cuerpos. Pero no logra hacerlo y es su mismo cuerpo lo que aniquila en su propia imagen. Esa imagen le atrae y le fascina; lo desvía de todos los objetos reales y, en último término, ya no tiene ojos sino para ella.

Con el propósito de obtener el goce de sí mismo, se convierte en un ídolo para encontrarse ante tal objeto y poder gozarlo. Pero sólo el soñador puede producir una imagen de sí mismo de esa manera; y esta imagen, a su vez, muere con su propio sueño.

Y la tragedia de Narciso estriba en que la fuente le impone esa figura de sí mismo que no fue formada por él. Es un producto de la reflexión -donde sólo la reflexión le permite reconocerse-, pero que supone un ser que se refleja y que a él ya no le interesa. Es así como pierde lo más valioso que poseía y se le rehúsa lo que no lo era tanto y que él desea en cambio. Con todo, el más humilde acto debería ser suficiente para liberarlo de la miseria en que cayó y para devolverle el ser perdido. He ahí la moraleja de su eterna aventura.

## X

## ¿MUERTE O NACIMIENTO?

¿Tendremos que decir que Narciso muere de tristeza al ver una belleza que es la suya y que se le muestra como un puro espectáculo? Esa imagen que procura asir es más bella que él mismo, pero es inasible e inviolable, como lo son todas las sombras y todos los reflejos.

¿O deberíamos decir, más bien, que su tristeza nace de haber descubierto, a través de esa imagen, que posee una forma material, él, que pensaba no ser sino un espíritu puro? ¿Y habrá que pensar, como dice el mito, que la muerte de Narciso acaba para siempre con su breve y miserable aventura? Podemos, sin embargo, mirarla desde otra perspectiva. Hermes hace de esta muerte un nacimiento, lo que

muestra hasta qué punto estos dos contrarios son inseparables. Cuando el hombre ha visto el reflejo de su forma sobre el agua o su sombra sobre la tierra y la ha hallado bella, desde ese momento se ha enamorado de ella y ha deseado poseerla. El deseo, entonces, lo ha convertido en un prisionero de esa forma. Ésta coge a su amante, lo envuelve enteramente y, así, se aman con un amor mutuo. Ésta sería, entonces, la historia de la encarnación de Narciso, el momento en que comienza su vida corpórea.

## XI

### NARCISO Y PIGMALIÓN

La imaginación es la que da aliento a todas estas creaciones. No existe hombre en el que no viva un soñador que no pueda decir: “Una vez evoqué la imagen de Alejandro y, poco a poco, la vi cobrar vida ante mí. De pronto el joven comenzó a moverse y a mostrar todos los signos de la presencia y de la vida. Tenía el rostro de un adolescente, un poco inclinado hacia el lado, como dicen los cronistas, redondo, sin ser grueso, de líneas poco definidas, bello, tranquilo y un tanto enfurruñado”. Con todo, muy luego el sueño se disipa.

Todo hombre tiene chispazos de pensamiento en los que cree poder animar una imagen exclusivamente gracias al acto de su espíritu. Pero embriagándose por un instante con su poder, termina en la desesperación. Porque la creación no alegra eternamente el corazón de Dios, puesto que Él ha llamado a la vida a un verdadero ser, provisto de cuerpo y alma, dueño de una iniciativa propia, que lo invoca y que le responde. La imaginación, en cambio, nos abandona a nosotros mismos.

Existe una trágica semejanza entre el destino de Narciso y el de Pigmalión. Éste había permanecido hasta entonces sin amar a mujer alguna. Pero contempla la estatua que hizo y la encuentra demasiado bella: aunque obra de sus manos, comienza a conmover sus sentidos en el momento en que debe separarse de ella. Invoca a Venus, pareciéndole que la oración íntima que le dirige enternece el marfil y lo convierte en carne. Ese cuerpo inmóvil es aún más encantador si tan sólo se lo retiene por los lazos del pudor. Pigmalión teme herirlo. De pronto se imagina que le devuelve sus caricias. Tan ardiente es su amor, que piensa obtener por sí mismo aquel consentimiento que bastará para cambiar ese cuerpo inerte en un cuerpo de mujer. Milagro del fervor, donde por contraste reencontramos todos los rasgos de ese amor impotente y resistido que cambia un cuerpo de mujer en un cuerpo inerte. Pigmalión está enamorado de su propia obra, la que no puede



darle más que decepción si sigue siendo una cosa por él contemplada y admirada. Es preciso, entonces, para que deje de ser su esclavo, que la abandone y se desinterese de ella.

Narciso no encuentra ante sí sino su propia imagen, en tanto que Pigmalión toma del universo algo de materia para darle una forma extraña. Puede contemplar algo que él produjo y de lo que querría hacer un ser. Tanta confianza tiene en el amor que siente por ella, que se cree capaz de darle vida a lo que ha querido. He ahí su impiedad, pues no puede amar sino una vida que previamente ha de darse el ser a sí misma antes de poder darse a él.

## XII

### ADÁN Y EVA

En su soberana sabiduría, Dios vio a Adán buscarse a sí mismo al igual que Narciso y, desdoblándolo en conformidad con su deseo, hizo aparecer ante él el cuerpo de la mujer al cual pudo unirse sin aniquilarse. Narciso, en cambio, entregado a sus propias fuerzas, se duplica a sí mismo mediante un fantasma que imita sus gestos irrisorios y que, al intentar él apoderarse de su verdadero ser, lo cambia en una ilusión que lo desespera.

Milton cuenta el mito de otra manera: ante todo, muestra allí la figuración de la conciencia de sí que despierta o las relaciones del ser consigo mismo. Éstas ocultan, sin embargo, un deseo ineficaz, si no concluyen en las relaciones del hombre con la mujer y de cada ser con todos los demás. Narciso muere sospechando en sí esa femineidad que lo engaña y que no puede conseguir satisfacer. Pero Eva nace de pronto a la luz y busca una explicación de lo que ella es. Ignora de dónde viene. La naturaleza todavía no le ha enseñado nada. Inclina su rostro sobre la superficie del agua que refleja la pureza del cielo y que le parece otro cielo. Incliniéndose, percibe una figura que de pronto se le presenta. “La miro, ella me mira. Retrocedo sobresaltada, ella retrocede con sobresalto; un secreto encanto me aproxima, el mismo encanto la atrae. Recíprocos movimientos de simpatía nos disponían a la una respecto a la otra.” Pero este objeto encantador no la retiene. No pierde su tiempo mirándolo complacida. Es preciso que una voz clara le advierta que es su propia existencia la que se halla representada en ese objeto. “Lo que contemplas, bella criatura, eres tú misma.” Con todo, lo que ella cree percibir es otro ser. Es a otro ser al que comienza a admirar. Porque no es la imagen de sí misma la que ella perseguía y que procuraba poseer. Era otro ser diferente de ella, pero del que esa

imagen le enseña que también se asemeja a ella. Se le unirá y le dará una multitud de hijos, dice el poeta, los que la harán llamarse madre de los vivientes.